

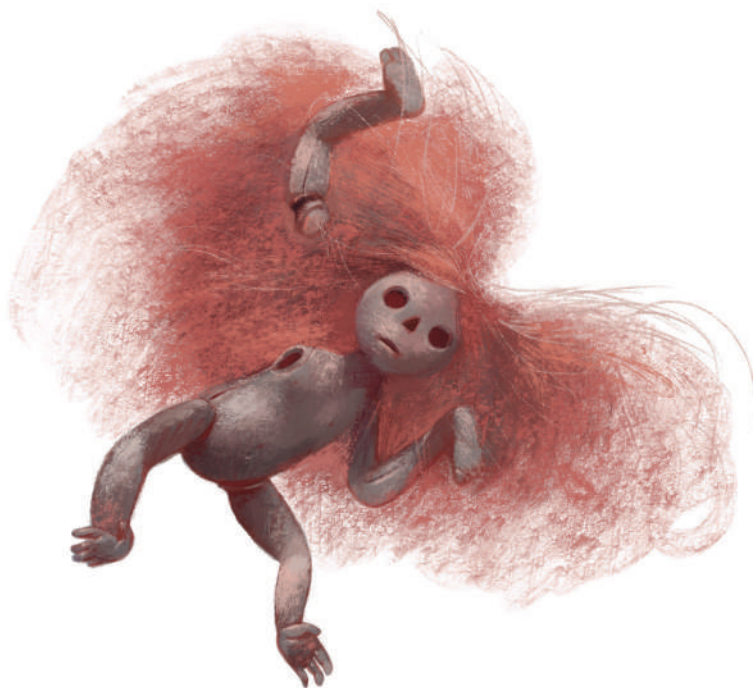


Leer es mi cuento 39

Pelo de Zanahoria

JULES RENARD

Ilustrado por
HENRY GONZÁLEZ
Traducido por
JUAN FERNANDO MERINO



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



 **Biblioteca
Nacional de
Colombia**

* * *

COMITÉ EDITORIAL

Amalia de Pombo Espeche
Directora de Artes
Ministerio de Cultura
de Colombia

* * *

MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA

Angélica Mayolo Obregón
Ministra

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

María Victoria Angulo
Ministra

Diana Patricia Restrepo Torres
Directora Biblioteca
Nacional de Colombia

María Orlanda Aristizábal
Coordinadora de Literatura y Libro
Ministerio de Cultura de Colombia

Iván Hernández
Editor de la serie
Leer es mi cuento

* * *

* * *

AUTOR

Jules Renard

Traductor
Juan Fernando Merino

Ilustrador
Henry González

Editor
Iván Hernández

Directora
de arte
Laura Pérez

Primera edición, noviembre 2020

ISBN: 978-958-5105-37-9

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura de Colombia; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:
literaturaylibro@mincultura.gov.co



Las gallinas

* 4 *

Las perdices

* 8 *

Los conejos

* 12 *

El topo

* 16 *

El azadón

* 20 *

Como Bruto

* 22 *

Cartas escogidas

* 26 *

Las gallinas

—Apuesto —dice la señora Lepic— que Honorine se olvidó otra vez de encerrar las gallinas.

Es verdad, como se puede constatar al mirar por la ventana. Allí abajo, al fondo del gran patio, se recorta en medio de la noche el cuadrado negro de la puerta abierta del gallinero.

—Félix, ¿y si fueras a encerrarlas tú? —le dice la señora Lepic al mayor de sus tres hijos.

—Yo no estoy aquí para ocuparme de gallinas —dice Félix, un muchacho pálido, indolente y temeroso.

—¿Y tú, Ernestine?

—¡Ay, mamá, me daría mucho miedo!

El hermano mayor Félix y su hermana Ernestine a duras penas levantan la cabeza para responder. Leen con gran interés, los codos sobre la mesa, casi que frente contra frente.

—¡Caramba, pero qué tonta soy! —dice la madre—. ¡Cómo no lo pensé antes! ¡Pelo de Zanahoria, ve a encerrar las gallinas!

La señora Lepic llama con ese apodo afectuoso a su hijo menor porque tiene el cabello rojo y la piel pecosa. Pelo de Zanahoria, que está debajo de la mesa jugando a nada en particular, se levanta y dice tímidamente:

—Pero, mamá, yo también tengo miedo.

—¡Cómo! —se asombra la señora Lepic—. ¡Un chico grande como tú! No me hagas reír. ¡Por favor date prisa!

—Ya sabemos cómo es Pelo de Zanahoria; tan osado como un león —dice su hermana Ernestine.

—No le teme a nada ni a nadie —agrega el hermano mayor Félix.

Tales elogios llenan de orgullo a Pelo de Zanahoria, y, con vergüenza de no ser digno de ellos, lucha contra su cobardía. Para espolearlo de una vez por todas, su madre le promete una bofetada.

—Al menos, alúbrenme el camino —dice el chico.

La señora Lepic se encoge de hombros, Félix sonríe con desprecio. La única que se compadece es Ernestine, quien toma una vela y acompaña a su hermano menor hasta el final del pasillo.

—Te esperaré aquí —le dice.

Pero huye de inmediato, aterrorizada, porque de repente un ventarrón hace parpadear la llama y la apaga.







Pelo de Zanahoria, con las nalgas apretadas y los talones clavados en el suelo, se echa a temblar entre las tinieblas que lo rodean. Son tan espesas que tiene la impresión de haberse quedado ciego. Una ráfaga de viento lo envuelve, como una sábana helada que podría arrastrarlo en cualquier momento. ¿Acaso no son zorros, quizás incluso lobos, los que ahora le resoplan en los dedos, en la mejilla? Tal parece que lo mejor es precipitarse donde están las gallinas, con la cabeza hacia delante para perforar las sombras. A tientas agarra el gancho de la puerta. Al oír sus pasos, las gallinas asustadas cloquean y se rebullen sobre las perchas. Pelo de Zanahoria les grita:

—¡A callar! ¡Que soy yo!

Cierra la puerta y se escabulle, agitando piernas y brazos como si tuviera alas. Cuando está de regreso en la casa, jadeante, complacido de sí mismo, en medio del calor y a la luz, tiene la sensación de estar cambiando unos harapos cargados de lodo y de lluvia por un traje nuevo y liviano. Sonríe, se endereza lleno de orgullo, a la espera de las felicitaciones, y ya fuera de peligro busca en el rostro de sus parientes la huella de la inquietud que debieron sentir por él.

Pero el hermano mayor Félix y la hermana Ernestine continúan leyendo tranquilamente, y la señora Lepic le dice, sin cambiar un ápice su tono de voz:

—Pelo de Zanahoria, a partir de hoy te encargarás de encerrar las gallinas todas las noches.





Las perdices

Como de costumbre, el señor Lepic vacía sobre la mesa su morral de caza. Contiene dos perdices. El hermano mayor Félix las anota en una pizarra que cuelga de la pared. Ésa es su tarea. Cada uno de los hijos tiene la suya. La hermana Ernestine despelleja o despluma las presas. En cuanto a Pelo de Zanahoria, tiene la tarea muy especial de rematar los animales heridos. Debe tal privilegio a la bien conocida dureza de su corazón reseco.

Las dos perdices se agitan, remueven el pescuezo.

SEÑORA LEPIC

—¿Qué estás esperando para matarlas?

PELO DE ZANAHORIA

—Mamá, me gustaría tanto que mi tarea fuera anotarlas en la pizarra.

SEÑORA LEPIC

—La pizarra es demasiado alta para ti.

PELO DE ZANAHORIA

—En ese caso preferiría desplumarlas.

SEÑORA LEPIC

—Ése no es asunto de hombres.

Pelo de Zanahoria agarra las dos perdices. Como siempre le dan esmeradamente las instrucciones pertinentes:

—Apriétalas con fuerza, como ya sabes, alrededor del cuello y a contrapluma desde la parte posterior.

Con un ave en cada mano detrás de la espalda, comienza su encargo.

SEÑOR LEPIC

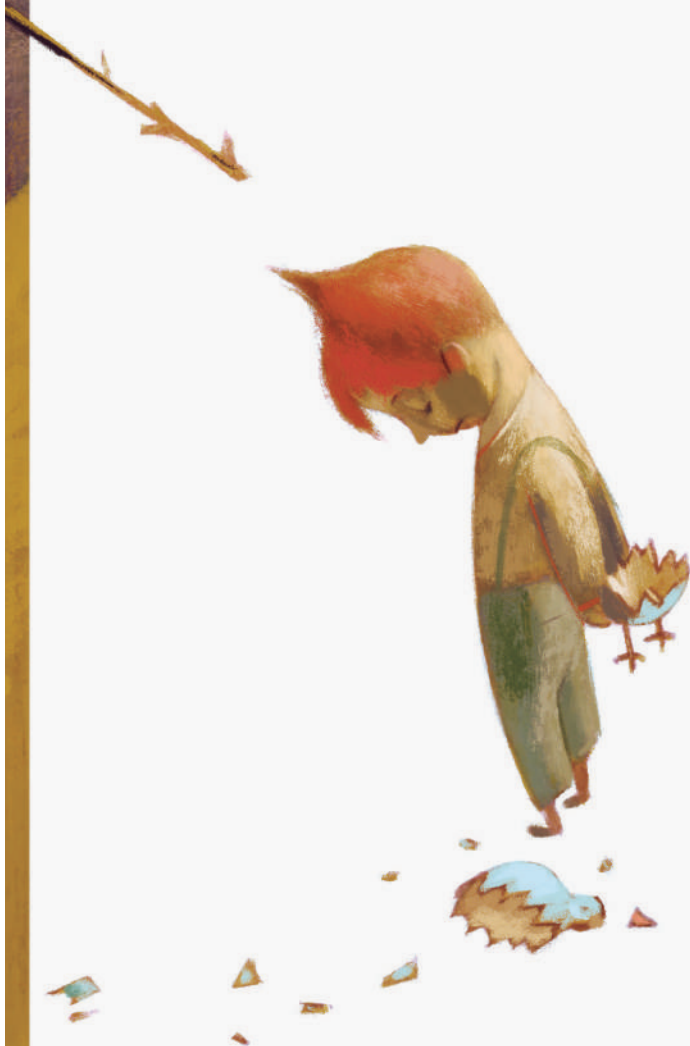
—¿Dos a la vez, so granuja?

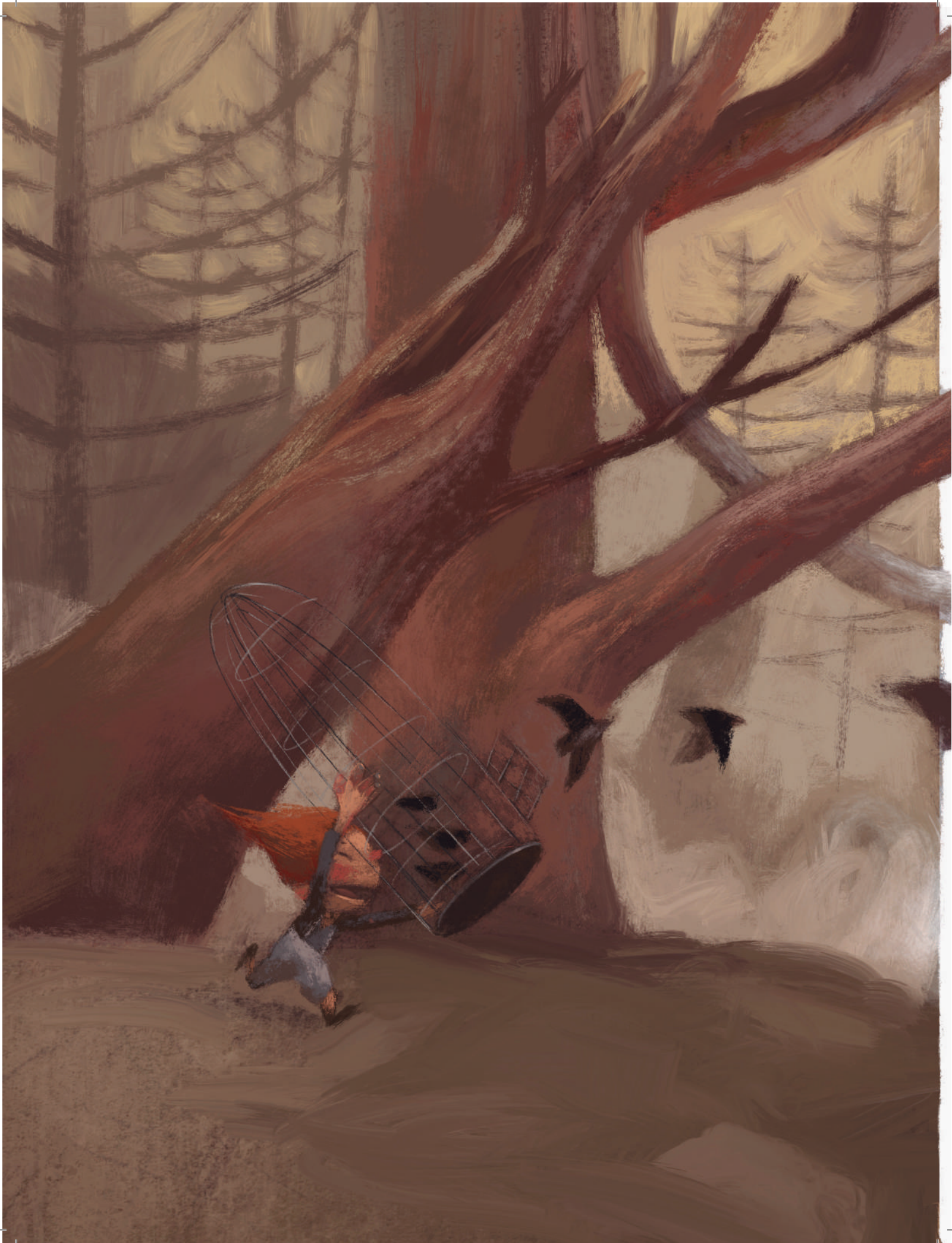
PELO DE ZANAHORIA

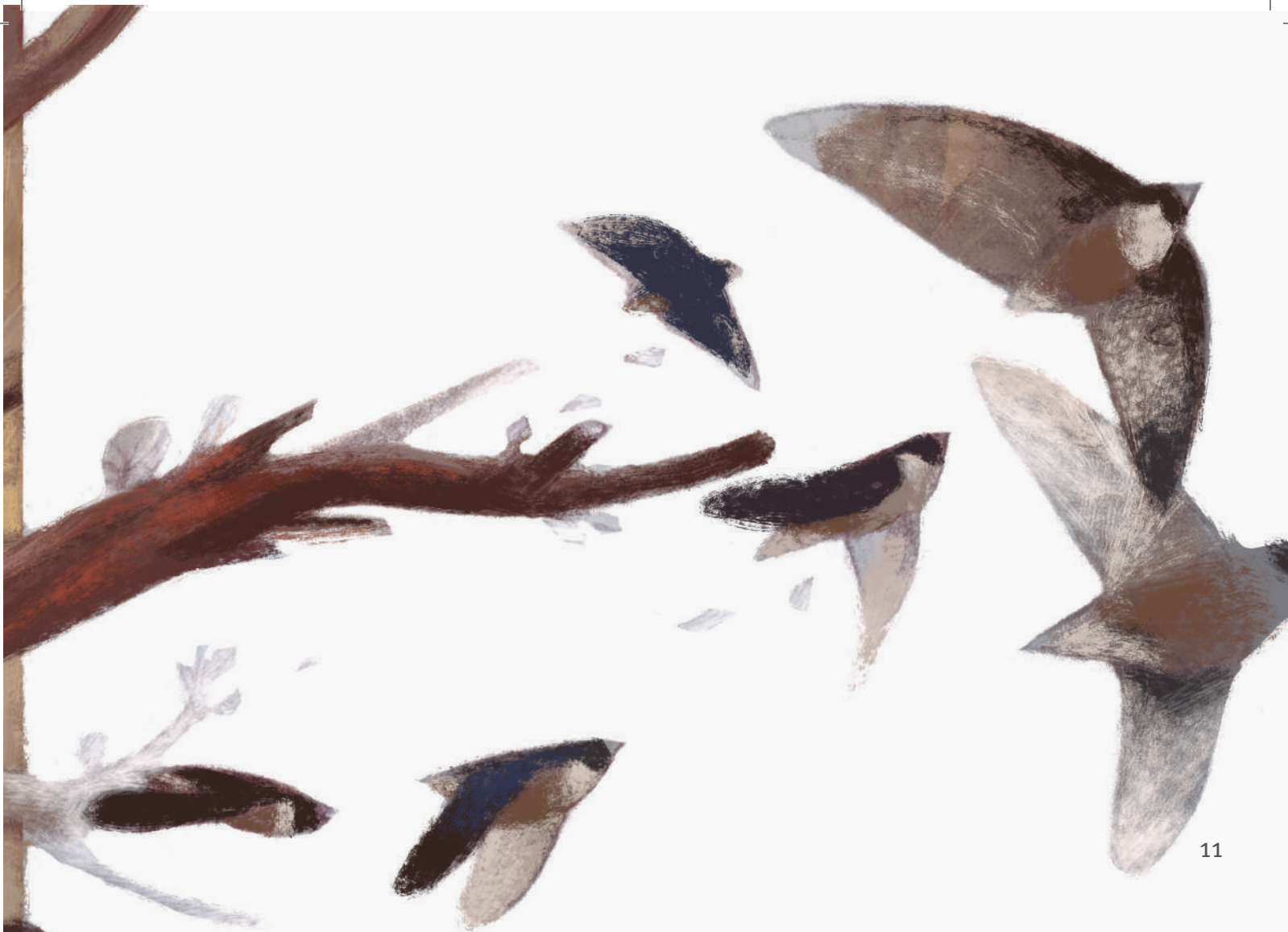
—Es para ir más rápido.

SEÑORA LEPIC

—No te hagas el melindroso; en el fondo, disfrutas haciendo esto.







Las perdices se defienden y al batir convulsas las alas esparcen sus plumas. Nunca quieren morir. A Pelo de Zanahoria le sería más fácil estrangular, con una sola mano, a alguno de sus discípulos. Coloca las aves entre las rodillas para inmovilizarlas y, por momentos rojo, por momentos blanco y bañado en sudor, con la cabeza alzada para no ver nada, aprieta con mayor fuerza.

Las perdices se obstinan.

En un ataque de rabia por terminar aquello cuanto antes, las agarra por las patas y les golpea la cabeza contra el tacón de su zapato.

—¡Es un verdugo! ¡Es un verdugo!
—gritan el hermano mayor Félix y la hermana Ernestine.

—El hecho es que cada vez se refina más —dice la señora Lepic—. ¡Pobres animalitos! No quisiera estar en su lugar, entre esas garras.

Aunque es un cazador veterano, el señor Lepic sale del recinto asqueado.

—¡Hecho! —dice Pelo de Zanahoria, arrojando sobre la mesa las perdices muertas.

La señora Lepic les da la vuelta una vez y luego otra. De los pequeños cráneos rotos fluye sangre y trocitos de cerebro.

—Ya es hora de quitárselas. ¿Acaso no está ya todo emporcado?

El hermano mayor Félix dice:

—Sin duda hoy no lo ha hecho tan bien como otras veces.

Los conejos

—No queda melón para ti —dice la señora Lepic—. De todas maneras, en eso te pareces a mí: no te gusta el melón.

Debe ser cierto, dice para sus adentros Pelo de Zanahoria.

Es así cómo le imponen sus gustos y sus aversiones. En principio, debería gustarle sólo lo que le gusta a su madre. Cuando llega el queso, dice la señora Lepic:

—Estoy convencida de que Pelo de Zanahoria no va a querer queso.

Y Pelo de Zanahoria piensa: Ya que ella está tan segura no vale la pena probarlo.

Por otra parte, sabe que sería peligroso.

¿Y acaso no tiene el tiempo suficiente para satisfacer sus caprichos más extraños en lugares que sólo él conoce?

A los postres, la señora Lepic le dice:

—Ve a llevarles estas rodajas de melón a tus conejos.

Pelo de Zanahoria cumple la orden paso entre paso, sosteniendo el plato lo más horizontal posible para que no se vaya a derramar nada.





Cuando entra al corral, los conejos, despeinados como muchachos revoltosos, oreja contra oreja, la nariz en alto sorbiendo el aire y las patas delanteras tan rígidas como si estuvieran a punto de tocar un tambor, se apiñan a su alrededor.

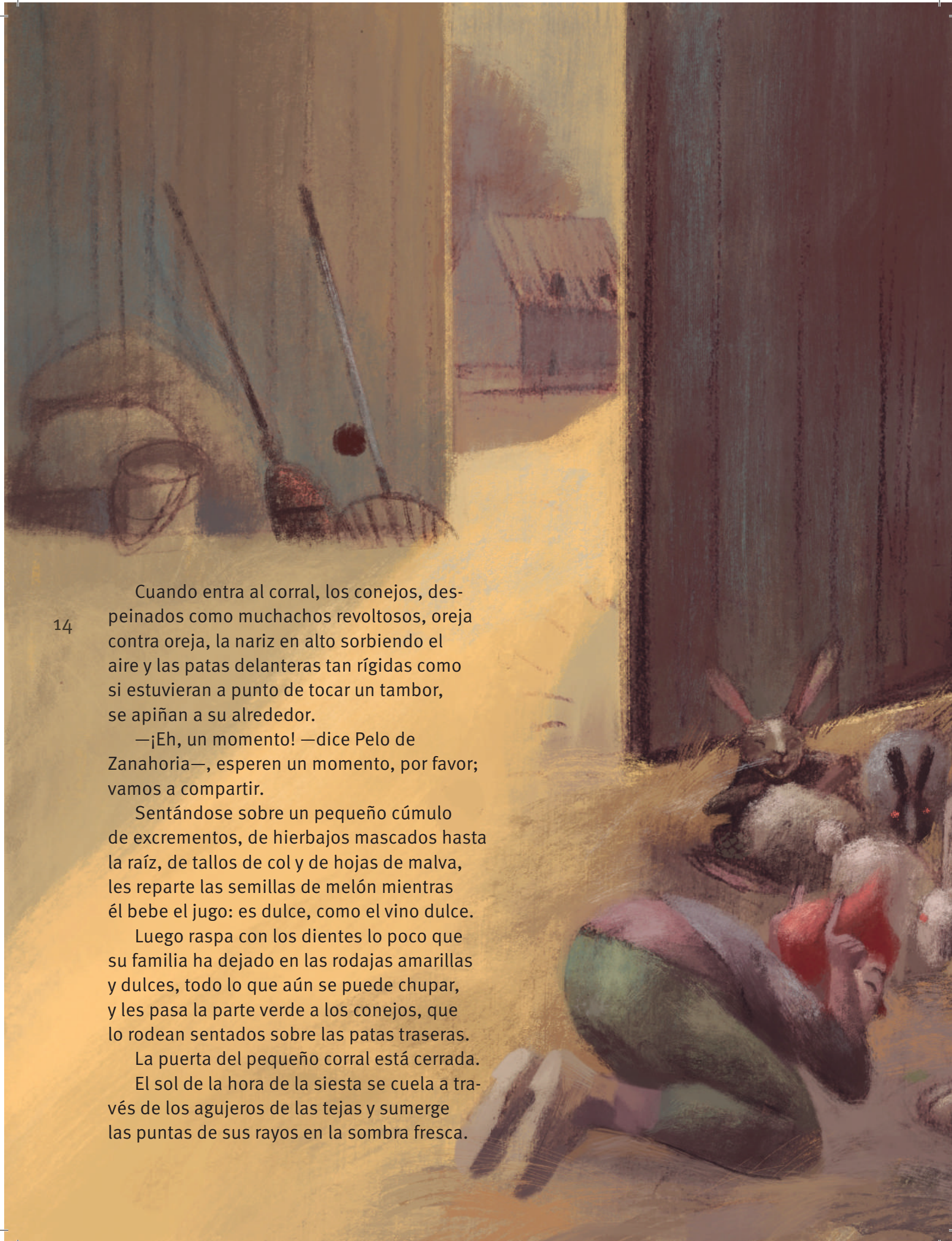
—¡Eh, un momento! —dice Pelo de Zanahoria—, esperen un momento, por favor; vamos a compartir.

Sentándose sobre un pequeño cúmulo de excrementos, de hierbajos mascados hasta la raíz, de tallos de col y de hojas de malva, les reparte las semillas de melón mientras él bebe el jugo: es dulce, como el vino dulce.

Luego raspa con los dientes lo poco que su familia ha dejado en las rodajas amarillas y dulces, todo lo que aún se puede chupar, y les pasa la parte verde a los conejos, que lo rodean sentados sobre las patas traseras.

La puerta del pequeño corral está cerrada.

El sol de la hora de la siesta se cuela a través de los agujeros de las tejas y sumerge las puntas de sus rayos en la sombra fresca.







El topo

Pelo de Zanahoria encuentra en su camino un topo, tan negro como un deshollinador. Cuando ya ha jugado un rato con él, decide matarlo. Lo lanza al aire varias veces, con destreza, para que vaya a aterrizar sobre una piedra.

Al principio todo marcha bien y sin problemas.

El topo ya se ha roto las patas, se ha abierto la cabeza, se ha quebrado el espinazo y parece que es poco lo que va a durar con vida.

Pero de repente, estupefacto, Pelo de Zanahoria advierte que el animal ha dejado de morirse. Por más que lo tire muy alto, tan alto como para sobrepasar una casa, hasta el cielo, su propósito no avanza.

—¡Maldita sea! No ha muerto— dice.

En efecto, sobre la piedra manchada de sangre el topo aguanta, su vientre lleno de grasa tiembla como gelatina, y, con aquel temblor, da la impresión de vida.

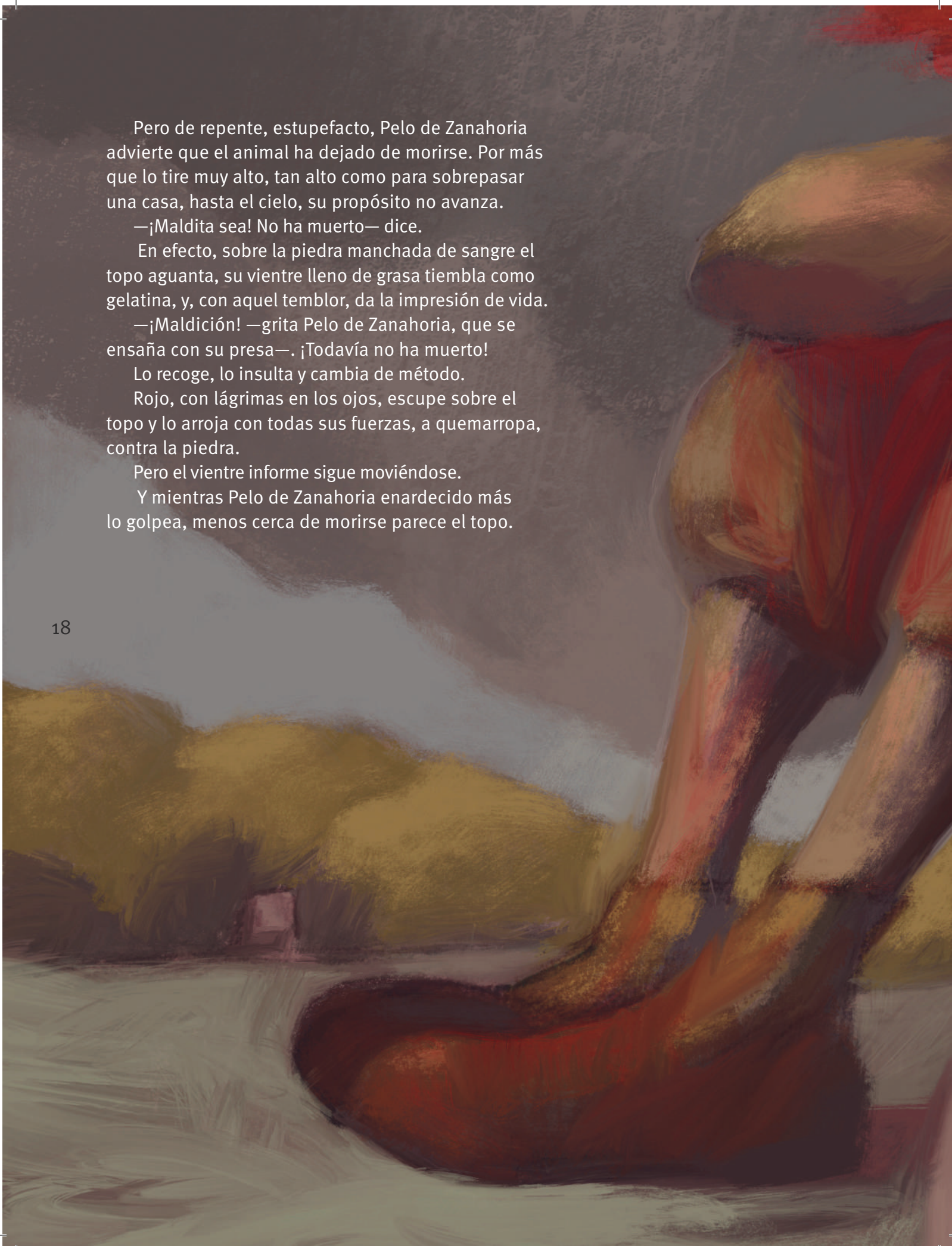
—¡Maldición! —grita Pelo de Zanahoria, que se ensaña con su presa—. ¡Todavía no ha muerto!

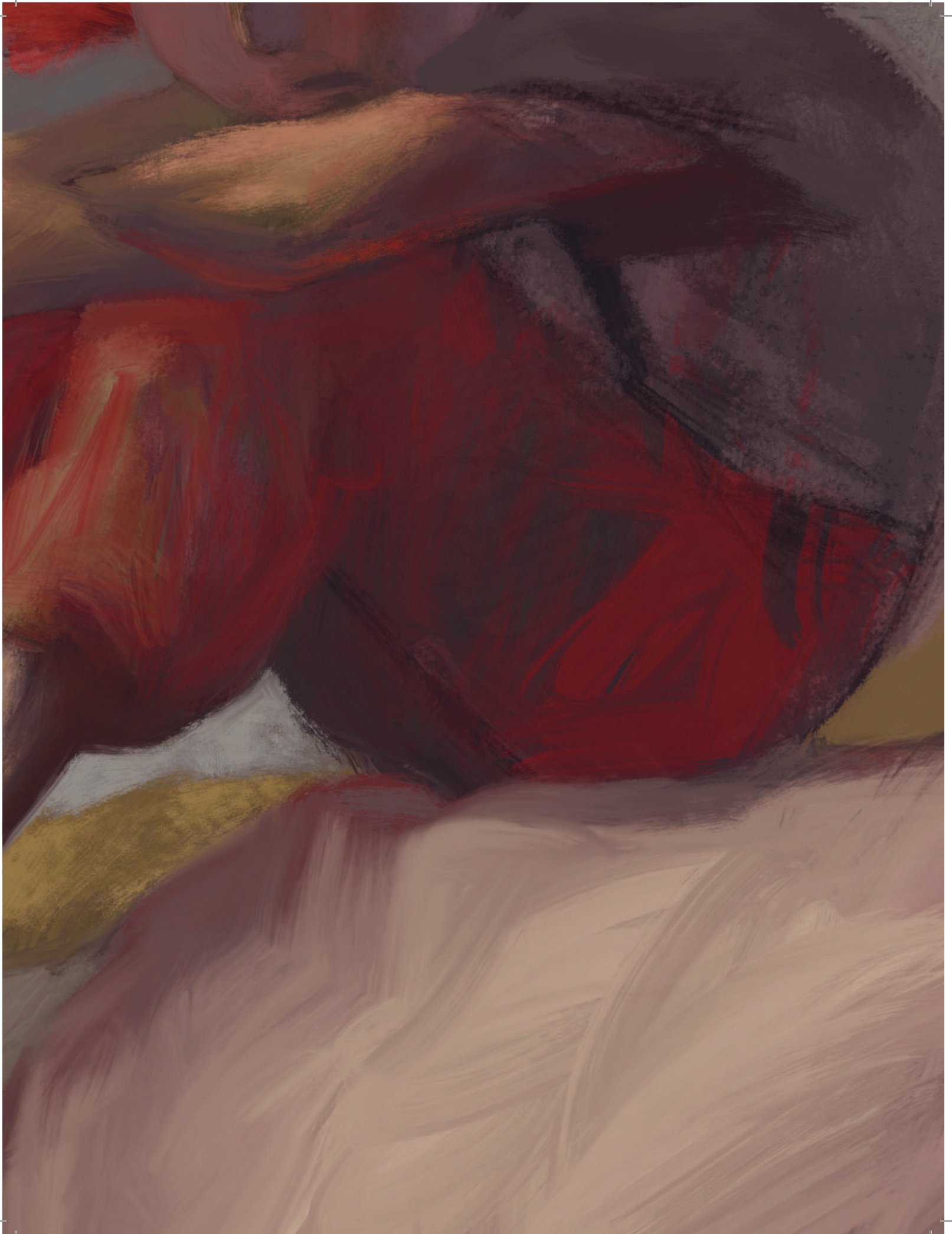
Lo recoge, lo insulta y cambia de método.

Rojo, con lágrimas en los ojos, escupe sobre el topo y lo arroja con todas sus fuerzas, a quemarropa, contra la piedra.

Pero el vientre informe sigue moviéndose.

Y mientras Pelo de Zanahoria enardecido más lo golpea, menos cerca de morirse parece el topo.







El azadón

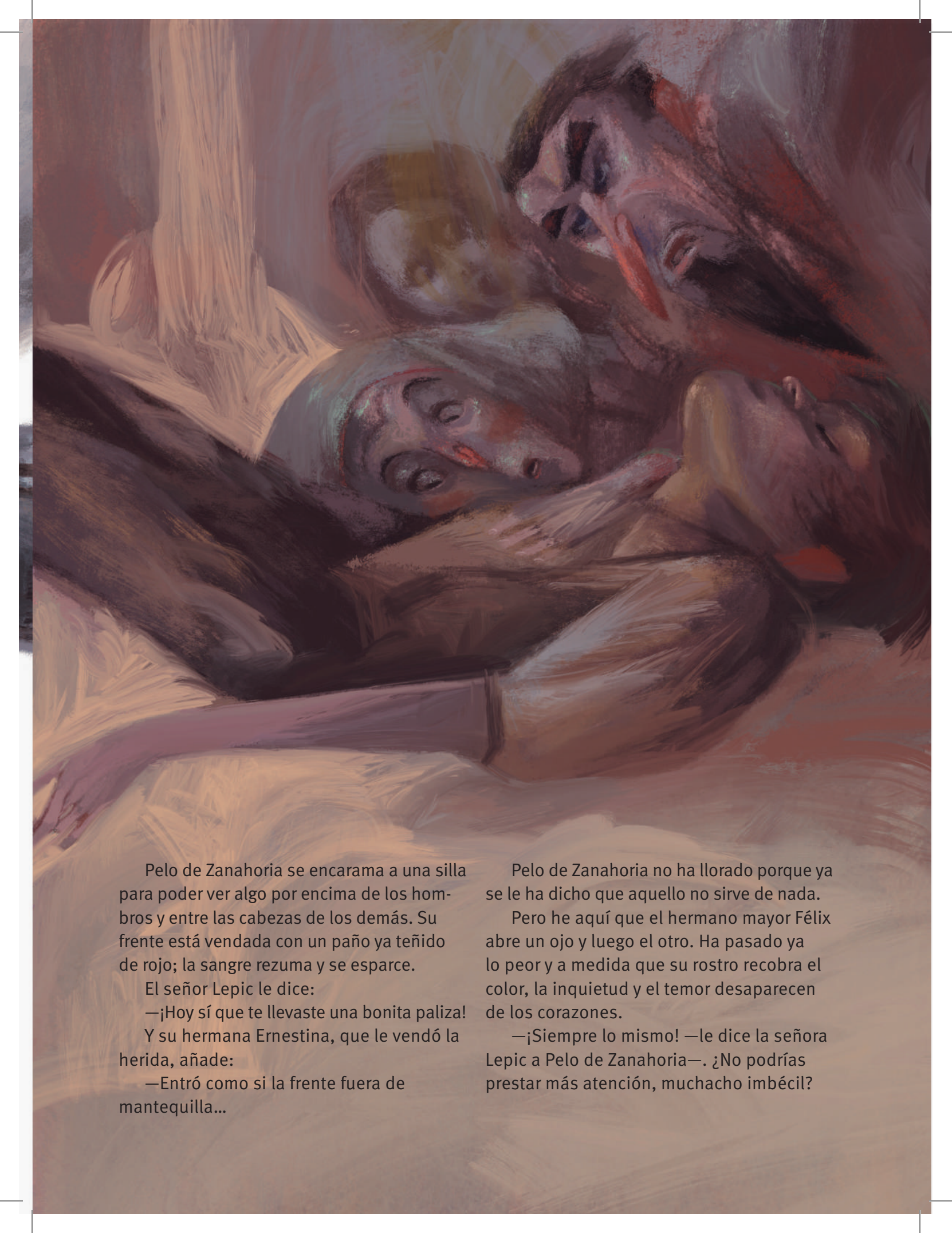
El hermano mayor Félix y Pelo de Zanahoria trabajan codo a codo. Cada cual tiene su azadón. El del hermano mayor fue hecho a la medida en el taller del herrero, y efectivamente es de hierro. Pelo de Zanahoria se ha fabricado el suyo con sus propias manos, con madera. Trabajan en el huerto, esforzándose al máximo y rivalizando en ardor. De repente, cuando menos se lo esperan (siempre es en ese preciso momento que llegan las desgracias), Pelo de Zanahoria

recibe un golpe de azadón en plena frente.

Un instante después es necesario llevar en brazos al hermano mayor Félix y acostarlo con cuidado en la cama, pues ha sufrido un vahído a la vista de la sangre que brotaba de la frente de su hermano. Toda la familia se encuentra reunida a su vera, de puntillas, suspirando con aprensión.

—¿Dónde están las sales?

—Un poco de agua fría, por favor, para humedecerle las sienas.



Pelo de Zanahoria se encarama a una silla para poder ver algo por encima de los hombros y entre las cabezas de los demás. Su frente está vendada con un paño ya teñido de rojo; la sangre rezuma y se esparce.

El señor Lepic le dice:

—¡Hoy sí que te llevaste una bonita paliza!

Y su hermana Ernestina, que le vendó la herida, añade:

—Entró como si la frente fuera de mantequilla...

Pelo de Zanahoria no ha llorado porque ya se le ha dicho que aquello no sirve de nada.

Pero he aquí que el hermano mayor Félix abre un ojo y luego el otro. Ha pasado ya lo peor y a medida que su rostro recobra el color, la inquietud y el temor desaparecen de los corazones.

—¡Siempre lo mismo! —le dice la señora Lepic a Pelo de Zanahoria—. ¿No podrías prestar más atención, muchacho imbécil?

Como Bruto

SEÑOR LEPIC

—Pelo de Zanahoria, el año pasado no trabajaste como yo esperaba. Tus boletines de notas dicen que podrías haberlo hecho mucho mejor. Te la pasas en las nubes, lees libros prohibidos. Tú estás dotado de una memoria excelente y obtienes notas bastante buenas cuando te preguntan las lecciones en clase, pero descuidas las tareas que te ponen. Tienes que pensar que ya es hora de hacerte un muchacho más serio.

PELO DE ZANAHORIA

—Cuenta conmigo, papá. Admito que el año pasado me descuidé un poco con la escuela. Esta vez tengo toda la voluntad de trabajar duro. Pero no te prometo ser el primero de la clase en todas las materias.

SEÑOR LEPIC

—Al menos inténtalo.

PELO DE ZANAHORIA

—No, papá; me pides demasiado. No podría ser el primero en geografía, ni en alemán, ni en física y química, porque los más fuertes son dos o tres tipos nulos para las otras materias y que sólo se concentran en éstas. Imposible igualarlos. Pero lo que sí quiero, escúchame bien papá, es desde un principio ser el primero en composición francesa y seguir así todo el curso. Y si a pesar de mis esfuerzos no lo logro, al menos no tendré nada que reprocharme, y al igual que Bruto podré exclamar con orgullo: “¡Oh, virtud!, ¡sólo eres un nombre!”

SEÑOR LEPIC

—¡Ah!, hijo mío, yo creo que tú los vas a superar.

EL HERMANO MAYOR FÉLIX

—¿Papá, qué fue lo que dijo?

LA HERMANA ERNESTINE

—Yo no entendí.

SEÑORA LEPIC

—Yo tampoco. ¿Puedes repetir lo que dijiste, Pelo de Zanahoria?

PELO DE ZANAHORIA

—¡Oh!, nada, mamá.

SEÑORA LEPIC

—¿Cómo que nada? ¿No decías nada y sin embargo estabas soltando una perorata con la cara roja, el puño amenazando el cielo y la voz tan alta que llegaba hasta el último rincón del pueblo? Repite esa frase para que todos nos enteremos.

PELO DE ZANAHORIA

—No vale la pena, mamá.

SEÑORA LEPIC

—Sí, sí vale la pena; estabas hablando de alguien; ¿de quién?

PELO DE ZANAHORIA

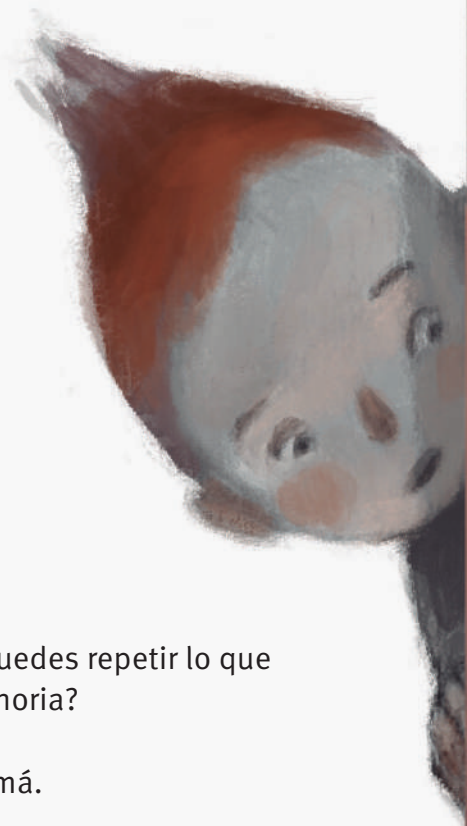
—Tú no lo conoces, mamá.

SEÑORA LEPIC

—Con mayor razón. Para empezar, no seas altanero. Y obedece por favor.

PELO DE ZANAHORIA

—Pues bien, mamá: estaba charlando con papá, que me daba consejos de amigo, y por casualidad, no sé de dónde me vino la idea a la cabeza, para agradecerse, y a manera de compromiso, igual que aquel romano a quien llamaban Bruto, invocar la virtud...





SEÑORA LEPIC

—Bla-bla-bla, estás hablando sandeces. Te ruego el favor de que repitas, sin cambiar una palabra y en el mismo tono de voz, la frase que pronunciaste hace un momento. Me parece que no te estoy pidiendo la luna y que bien puedes hacer eso por tu madre.

EL HERMANO MAYOR FÉLIX

—¿Quieres que la repita yo, mamá?

SEÑORA LEPIC

—No, él primero, luego tú, y después comparamos: Vamos, Pelo de Zanahoria., date prisa.

PELO DE ZANAHORIA

Él balbucea, con voz quejumbrosa: viiiiir-tud, sólo eres un nombre.

SEÑORA LEPIC

—Es desesperante. No se le puede sacar nada en claro a este chico. Se dejaría moler a golpes antes que darle gusto a su madre.

EL HERMANO MAYOR FÉLIX

—Mira, mamá, así es como lo ha dicho. Pone los ojos en blanco y lanza miradas de desafío. “Si no soy el primero de la clase en composición francesa”... Hinchaba las mejillas y le da una patada al suelo, “exclamaré como Bruto”... Levanta los brazos hacia el techo. “¡Oh, virtud!” Los deja caer sobre los muslos. “¡Sólo eres un nombre!” Fue así como lo dijo.

SEÑORA LEPIC

—¡Bravo, magnífico! Te felicito, Pelo de Zanahoria, y lamento aún más tu terquedad, ya que una imitación jamás puede ser lo mismo que el original.

EL HERMANO MAYOR FÉLIX

—Pero, Pelo de Zanahoria; ¿sí fue Bruto el que dijo eso? ¿No fue Catón?

PELO DE ZANAHORIA

—Estoy seguro de que fue Bruto. “Luego, afianzando con ambas manos la espada que le había pasado un amigo, se arrojó sobre ella y murió”.

LA HERMANA ERNESTINE

—Pelo de Zanahoria tiene razón. Incluso recuerdo que Bruto fingía estar loco blandiendo un bastón que supuestamente contenía oro.

PELO DE ZANAHORIA

—Perdona, hermana, estás mezclando cosas. Confundes a mi Bruto con otro.

LA HERMANA ERNESTINE

—Pensé que así era. De todos modos te garantizo que la señorita Sophie nos da unas clases de historia que valen tanto como las de tu profesor en la escuela secundaria.

SEÑORA LEPIC

—Poco importa. No discutan por eso. Lo principal es tener un Bruto en la familia, y nosotros lo tenemos. ¡Y gracias a Pelo de Zanahoria la gente nos tiene envidia! No estábamos al tanto de nuestro honor.

Admiren al nuevo Bruto. Habla latín como un obispo y se niega a decir misa dos veces aunque se lo pidan los sordos. Que se dé la vuelta: visto de frente, muestra las manchas de una chaqueta que estrenó hoy, y visto desde atrás se pueden apreciar sus pantalones rotos. ¡Señor mío!, ¿dónde se habrá metido esta vez? ¡Pero mírenme el aspecto de Pelo de Zanahoria Bruto! ¡Un pequeño bruto, no cabe duda! ¡Fuera de aquí!





Cartas escogidas

*De Pelo de Zanahoria al señor Lepic
y algunas respuestas del señor Lepic
a Pelo de Zanahoria*

* * *

DE PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Colegio San Marcos

Querido papá:

Mis paseos de pesca durante las vacaciones terminaron por alterarme la sangre. Me han salido en los muslos unos granos que parecen clavos. Estoy guardando cama. Permanezco acostado sobre la espalda y la enfermera me pone cataplasmas.

Los clavos me duelen hasta que se perforan. Después puedo olvidarme de ellos. Pero se multiplican como pollitos. Por uno que se cura, aparecen tres clavos nuevos.

Espero que no sea nada grave.

* * *

RESPUESTA DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria:

Ya que te estás preparando para tu primera comunión y vas a clases de catecismo, debes saber que el género humano no esperó tu venida a la tierra para que aparecieran clavos en el cuerpo. Jesucristo tuvo clavos en los pies y en las manos. Él no se quejaba y, sin embargo, los suyos eran de verdad.

¡Valor!

Tu padre, que te quiere



* * *

DE PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá:

Tengo el gusto de contarte que me acaba de salir una muela. Aunque no tengo la edad suficiente, creo que es una muela del juicio precoz. Me atrevo a esperar que no sea la única y que siempre te sentirás satisfecho por mi buen juicio y mi aplicación al estudio.

Tu hijo afectuoso

* * *

RESPUESTA DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria:

Justo cuando a ti te salía la muela, una de las mías empezaba a aflojarse. Decidió caerse ayer por la mañana. De tal manera que si tú tienes una muela de más, tu padre tiene una de menos. Por lo tanto, nada ha cambiado y el número total de muelas en la familia sigue siendo el mismo.

Tu padre, que te quiere

* * *

DE PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá:

Imagínate que ayer fue el cumpleaños del señor Jâques, nuestro profesor de latín, y que de común acuerdo los estudiantes me eligieron para transmitirle los mejores deseos en nombre de toda la clase. Halagado por ese honor, preparé largamente el discurso, en el que inserté adrede algunas citas en latín. Sin falsa modestia, estoy satisfecho del resultado. Lo pasé en limpio en una hoja muy fina y, cuando llegó el día, instigado por mis compañeros que murmuraban: “Anda, ve ahora, ve...”, aproveché un momento en que el señor Jâques no nos miraba y avancé hacia su tarima. Pero apenas desenrollé la hoja de papel y pronuncié en voz alta:

¡VENERADO MAESTRO!

El señor Jâques se levantó furioso y dijo con voz estentórea:

—¡Haga el favor de volver a su sitio cuanto antes!

Podrás imaginar que me escapé en seguida y corrí a sentarme en mi sitio, mientras mis amigos se escondían detrás de sus libros y el señor Jâques me reprendía iracundo.

Querido papá, ¿qué opinas al respecto?

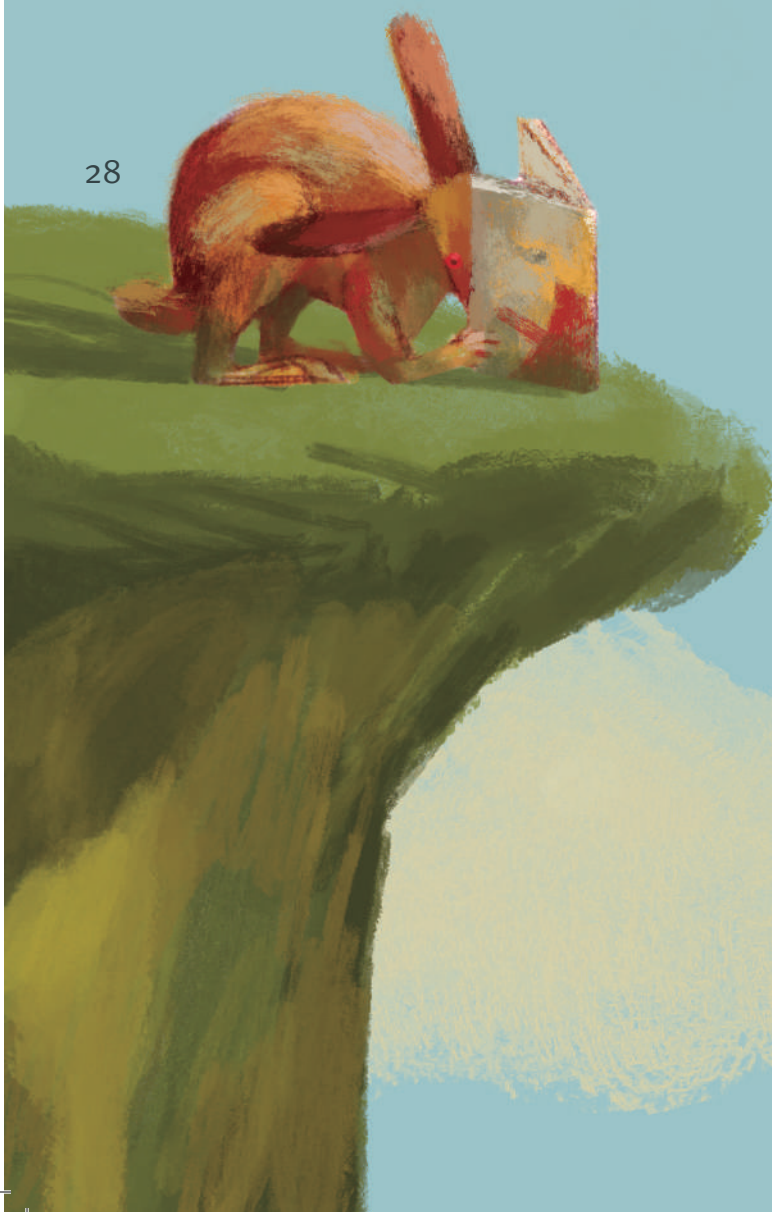
* * *

RESPUESTA DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria:

Cuando seas parlamentario, vas a ver cosas más sorprendentes.

Cada cual tiene su papel. Si a tu profesor lo han colocado en una tarima, debe ser para que pronuncie discursos, no para que escuche los tuyos.



* * *

DE PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá:

Le acabo de entregar tu liebre al señor Legris, nuestro profesor de historia y geografía. Ciertamente me pareció que el regalo le agradaba. Te lo agradece entusiastamente. Como había entrado con mi paraguas mojado, me lo retiró de las manos para llevarlo él mismo al vestíbulo. Después charlamos de esto y lo otro. Me dijo que si me esforzaba, a fin de año podría llevarme el primer premio de historia y geografía. Pero ¿puedes creer que permanecí de pie todo el tiempo que duró nuestra conversación y que el señor Legris, que aparte de esto fue muy amable, lo repito, ni siquiera me señaló una silla para sentarme?

¿Se trata de descuido o descortesía?

Lo ignoro, y tendría curiosidad, querido papá, por conocer tu opinión.

* * *

RESPUESTA DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria:

Siempre estás quejándote. Te quejas porque el señor Jâques te ordena sentarte, y te quejas porque el señor Legris te deja de pie. Puede ser que todavía seas demasiado joven para exigir consideraciones. Y si el señor Legris no te ofreció una silla, discúlpalo: sin duda, engañado por tu pequeña estatura, habrá creído que estabas sentado.



* * *

DE PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá:

Me he enterado de que tienes que ir a París. Comparto la alegría que tendrás al visitar la capital, que tanto me gustaría conocer y donde estaré de corazón contigo. Comprendo que mis deberes escolares me impiden hacer este viaje, pero aprovecho la oportunidad para preguntarte si podrías comprarme uno o dos libros.

Los míos ya me los sé de memoria. Elige los que te parezca. En el fondo, todos valen la pena. Sin embargo, deseo especialmente *La Henriada*, de François-Marie Arouet de Voltaire, y *La nueva Eloísa*, de Jean-Jacques Rousseau. Si me los traes (los libros no cuestan nada en París), te juro que el director de estudios no me los confiscará jamás.

* * *

RESPUESTA DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria:

Los escritores de los que me hablas eran hombres como tú y yo. Lo que ellos hicieron, puedes hacerlo tú. Escribe libros, luego podrás leerlos tú mismo.





* * *

DEL SEÑOR LEPIC A PELO DE ZANAHORIA

Querido Pelo de Zanahoria:

Tu carta de esta mañana me sorprende mucho. La releo en vano. No es tu estilo habitual y hablas en ella de cosas raras que no me parece que sean ni de tu competencia ni de la mía.

Por lo general nos cuentas de tus asuntos cotidianos, nos escribes sobre los comentarios elogiosos de tus profesores, las cualidades o defectos que encuentras en cada uno de ellos, el nombre de tus nuevos amigos, el estado de tu ropa, si duermes y comes bien o no.

Pues bien, ésas son las cosas que me interesan. Pero en la carta de hoy no comprendo nada. ¿A propósito de qué, si puedes hacer el favor de decírmelo, esa alusión a la primavera si estamos en invierno? ¿Qué quieres decir? ¿Acaso necesitas una bufanda? Tu carta no tiene fecha y no se sabe si la diriges a mí o al perro. Incluso la forma misma de tu escritura me parece alterada, y me desconciertan la disposición de los renglones y la cantidad de mayúsculas.

En breve, da la impresión de que te estuvieras burlando de alguien. Supongo que de ti mismo, y quiero que sepas que no te lo estoy echando en cara, sino que tan sólo te estoy haciendo una observación.

* * *

RESPUESTA DE PELO DE ZANAHORIA

Querido papá, unas palabras apresuradas para explicarte mi última carta. No te diste cuenta de que estaba en verso.

Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topes y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare (versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí.

Leer es mi cuento 17

Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont.

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español. Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

Cantos populares de mi tierra

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

Rapunzel y Pulgarcito

Grimm / Perrault.

Leer es mi cuento 31

Las travesuras de Naricita

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

Leer es mi cuento 33

Versos sencillos

(Selección)

José Martí.

Leer es mi cuento 34

Memorias de un caballo de la Independencia

(Selección)

Gonzalo España.

Leer es mi cuento 35

Cuentos y arrullos del folclor indígena y campesino colombiano

Leer es mi cuento 36

Cuentos y arrullos del folclor afrocolombiano

Leer es mi cuento 37

Una ronda de

Don Ventura Ahumada
Eugenio Díaz.

Leer es mi cuento 38

La Expedición Botánica contada a los niños

(Selección)

Elisa Mújica.

Leer es mi cuento 39

Pelo de Zanahoria

(Selección)

Jules Renard.

Leer es mi cuento 40

La monja • Mi madrina

Soledad Acosta de Samper.

Leer es mi cuento 41

Así es mi palabra

Selección de poesía

indígena colombiana

Varios autores.

Leer es mi cuento 42

Cuentos a Sonny

La tierra de El Dorado

Santiago Pérez Triana.

Leer es mi cuento 43

Entre usted, que se moja

José David Guarín.

Leer es mi cuento 44

Las preguntas del agua

Selección de poesía

afrocolombiana

Varios autores.

Consulte los libros digitales y el glosario

aquí: www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/